

EL CUMPLEAÑOS NÚMERO 11

Oscar Iriani Montes

El Cumpleaños Número 11



Oscar Iriani M.

Capítulo 1

Lucía estaba desesperada, no encontraba ninguna blusa o vestido que hiciera juego con los aros de plata e incrustaciones de lapislázuli que le había regalado su padre hacía 18 años; era lo único que le quedaba de él, y lo que le permitía mantenerlo vivo en su memoria, aunque fuera en forma difusa, luego de que se separara de su madre y se fuera de la casa para siempre.

Esa fue la última vez que lo vio y habló con él. Era el día en que cumplía 11 años. Lo recordaba alto, delgado, mirada penetrante, siempre con una sonrisa de medio lado y su pelo perfectamente cortado y peinado. Recordaba haber oído, esa misma tarde desde su habitación, mientras abría los regalos que había recibido de sus amigas, la discusión a gritos entre él y su madre. No era la primera vez que sucedía, pero sí la más violenta que le había tocado oír. Esa vez, la discusión terminó con un fuerte portazo, tras el cual nunca más volvió a verlo ni a saber de él.

Por muchos años trató infructuosamente de contactarse con él; sabía que se había ido a vivir a Antofagasta, ciudad a la cual iba en constantemente, llegando incluso muchas veces a permanecer allí por varios días -- "Voy por trabajo, querida...pero cuando vuelva, te traeré un regalo"-- le contestaba a Lucía cada vez que ella le preguntaba el porqué de sus viajes y extensas ausencias en casa. También recordaba que, cada vez que su padre decía eso, su madre hacía una mueca de desagrado, se daba media vuelta y se encerraba en su dormitorio por horas.

Al cumplir 15 años, Lucía desistió en su búsqueda, y supuso que si él no se había comunicado en todo ese tiempo, era porque sencillamente no la quería en su vida. Muchas veces le preguntó a su madre, pero ella eludía la pregunta, o simplemente le decía que no sabía ni le interesaba -- "y por favor Lucy, olvídate para siempre de él"-- sin embargo nunca pudo borrar esa última imagen del día de su cumpleaños, como quien mantiene a un espíritu encerrado en una caja.

Como no encontró nada que hiciera juego con sus aros, partió al mall de costumbre a comprarse un vestido apropiado para la ocasión. Finalizaba el invierno, y en las tiendas comenzaban a aparecer las colecciones "Primavera-Verano". Recorrió los pasillos abarrotados de gente, bordeando vitrinas iluminadas, repletas de vistosas ofertas y prendas nuevas. Optó por un vestido de gasa, de color turquesa con estampados en el tono, con pliegues bajo la cintura, amplias mangas y un escote en "V" que poco espacio dejaba para la imaginación. Los que la veían, pensaban que se preparaba para alguna salida romántica con su pareja, o quizás... ¿alguna reunión secreta con su amante? No, nada más lejos de la realidad. Solo esperaba poder mostrarse frente a su padre, ya no como la

niña que dejó a los 11 años, sino como la mujer que era hoy.

Capítulo 2

Mientras esperaba su turno en la consulta del Dr. Donoso -- su ginecólogo desde los 17 años -- con cierto aburrimiento, tomó una revista que descansaba en la mesa lateral y la comenzó a hojear. Sin encontrar mucho tema de su interés, se fue directo a las páginas sociales, pensando en encontrar fotos de la última copa de Polo, o quizás de las últimas vacaciones en Cachagua del Jet Set criollo, sin embargo, se detuvo en las fotos de la inauguración de una nueva automotora de autos de lujo de Iquique. Una de esas imágenes le llamó la atención; era la foto de un grupo de personalidades y autoridades de la zona, y en medio de ellos, un hombre alto y maduro que le paralizó el corazón. Era su padre; coincidentemente, el gerente de esa nueva sucursal. Salvo el color del pelo, obviamente más canoso, y su rostro un tanto afectado por el tiempo, era el mismo hombre que recordaba desde que se fue.

Haciéndose pasar por una posible clienta y con una voz seductora, casi melosa, poco tiempo le costó conseguirse la dirección particular de su padre con uno de los vendedores que le atendió por teléfono. Sin embargo, se demoró semanas en tomar la decisión de contactarlo. Se le venían a la mente miles de imágenes de su niñez; momentos, colores, olores y situaciones especiales; era lo que ella entendía por felicidad. Pero al mismo tiempo, tantas dudas y preguntas dispersas, que finalmente decantaban en una sola --"¿Por qué?"-- Finalmente entendió que la única manera de obtener la respuesta que buscaba, era a través de su propio padre.

Decidió no decirle nada a su madre. Por años la había criticado por seguir obsesivamente pensando en él -- "Ya está bueno Lucía. ¡Eres una mujer grande y hermosa! Búscate un novio y haz tu vida." -- le decía cada vez que almorzaban juntas o se tomaban un café en alguna galería comercial de Providencia.

Sabía que tenía que partir sola a Iquique a enfrentar a su padre; necesitaba respuestas. Pensó que la mejor forma de demostrarle que nunca lo había olvidado, como lo había hecho él, era presentarse con los aros que le había regalado en el último cumpleaños que habían pasado juntos.

Capítulo 3

Encontró la dirección que le había dado el vendedor de la automotora. Era una casa antigua, grande, hermosa, probablemente de las que habitaban los dueños de las salitreras a comienzos de siglo, ubicada en lo que podría ser el "barrio alto" de la ciudad. Por cierto, era mucho mejor que la casa en la que Lucía había vivido el resto de su infancia sola con su madre.

Enfrentó la puerta con indecisión. Sabía que detrás de ella encontraría la respuesta que necesitaba, sin embargo no sabía si le iba a gustar. Tampoco imaginaba cuál sería la reacción de su padre al volver a verla después de tantos años -- "¿Me recibirá con felicidad o indiferencia? ¿Me reconocerá o tendré que volver a presentarme? ¿Nos volveremos a entender como cuando era pequeña? ¿Recuperaremos algo del tiempo perdido desde que se fue?" -- fueron algunas de las preguntas que atravesaron su mente.

Pensó en dar la media vuelta, tomar el avión a Santiago y no volver jamás; olvidarse de él, tal como le había dicho su madre tantas veces. Sin embargo entendió que no volvería a vivir en paz si no enfrentaba la verdad, fuera cual fuera.

Con timidez, golpeó la puerta sin obtener respuesta. Luego, con algo más de decisión y persistencia, tocó el timbre. Mientras esperaba, se miraba nerviosamente contra los vidrios biselados y rectangulares de la gran puerta de entrada, se arreglaba el vestido y verificaba que sus aros no fueran tapados por su larga melena rubia. Sintió el ruido de pestillos que se accionaban, y ese momento le pareció una eternidad. Su corazón latió con más fuerza que nunca y sintió que se le arrancaba por la boca.

Al abrirse la puerta, se encontró con la silueta de una muchacha, algo más morena que ella, de unos 18 años, pero con rasgos curiosamente conocidos.

-- Hola, ¿se encontrará don Jorge Andrade? -- Preguntó Lucía a la muchacha con voz entrecortada.

A la muchacha le brillaron los ojos y su rostro se ensombreció, al tiempo que una voz femenina desde el interior de la casa preguntaba -- "¿Quién es Andreita? ¿A quién buscan? Recuerda que hoy no puedes salir."

Andrea miró hacia adentro, y contestó ya con lágrimas en los ojos.

-- Buscan al papá, mamá -- dijo con voz trémula.

Lucía sintió que se le caía el mundo -- "¿Buscan al Papá? ¿Otra hija? ¿Tengo una hermana?" -- pensó, y mientras trataba de ordenar sus ideas,

la muchacha corrió hacia adentro y fue reemplazada por su madre.

Se le apareció una mujer morena, de mediana estatura pero de lindas facciones; no superaría los 45 años, bien vestida pero en tonos muy oscuros para su gusto.

-- Hola -- le dijo la mujer con rostro apesadumbrado -- Jorge no está.

-- Y ¿volverá pronto? ¿Está en la ciudad? Necesito hablar con él. Es importante.

-- Me parece que no eres de acá, ¿cierto? -- Contestó la mujer contrariada -- Jorge murió hace una semana. Disculpa pero ¿Quién eres? ¿Por qué lo buscas?

El golpe fue brutal. Lucía se quedó congelada, con la vista perdida hacia el interior de la casa, pero lo cierto es que no veía nada. Todo le daba vueltas, sentía miles de voces que, atolondradas, le repetían las mismas preguntas que ella se había hecho desde los quince años. No supo qué decir, qué contestarle a esa mujer que no conocía; solo sabía que era la madre de la "otra" hija de su padre, de su hermana.

-- ¿Te sientes bien? Por favor dime ¿por qué quieres hablar con Jorge? Supongo que no te debe plata o algo así ¿Cierto? La verdad es que no es el mejor momento, así que...

-- Eh...no. La verdad es que soy...soy una clienta no más; esperaba poder hablar con él, pero no...por favor no se preocupe, ya veré como lo resuelvo. Disculpe la molestia, y mi más sentido pésame señora -- En realidad, se lo decía a si misma.

Lucía se arrepintió de no haberse ido antes; de no haber dado la media vuelta mientras pudo. Ahora, volvía a Santiago con una infinidad de preguntas más, que nadie, jamás podría responder.

Capítulo 4

Llegó de noche a la capital. Llovía copiosamente. No recordaba en qué momento se había subido al avión, qué había hecho en el aeropuerto, ni menos, como había llegado de vuelta a su edificio en Providencia.

Entró al departamento totalmente empapada y lanzó sus zapatos lejos; se sacó los aros y los miró por varios minutos, no sabía qué hacer con ellos; finalmente, los secó, los guardó en su cajita de recuerdos, la cerró con llave y la tiró al fondo de su closet. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, y comenzó torpemente y con cierta brutalidad a sacarse el vestido a tirones; lo metió en una bolsa negra y, tal como estaba, en ropa interior, y con la transparencia que otorgaba la humedad en sus prendas, salió de su departamento y la dejó en la puerta del ducto de la basura.

Mientras volvía al departamento, sin sentir el frío pese a estar medio desnuda, se detuvo unos segundos, se secó las lágrimas, se dio la vuelta y tomó nuevamente la bolsa con los restos del vestido; abrió la tapa del ducto con fuerza, y lanzó la bolsa al interior del antiguo incinerador.

El portazo se sintió en todo el edificio, pero para Lucía, fue el mismo portazo que retumbó en su cabeza y su habitación el día que cumplió los 11 años.